



Nosotros, al menos yo, sabemos poco del Espíritu Santo. Es difícil describirle, definirle. Por ello, para acercarnos a Él nada mejor que servirnos de algunas metáforas, como las del agua, del viento, del fuego y del aliento. En el libro del Génesis se nos relata que en el paraíso Dios sopló sobre el cuerpo de arcilla y aquella figura de barro se convirtió en el primer hombre. De modo similar, después de la resurrección, Jesús exhaló su aliento sobre los apóstoles y les encomendó la tarea de continuar su misión. Fue un soplo creador, pues los apóstoles no daban la talla, ya que se mostraban cobardes y vacilantes, sin embargo el Espíritu les transformó. Espíritu, que como añadió Jesús, **“sopla donde quiere”**. No es patrimonio de nadie. No pertenece a un grupo de privilegiados: ni de religiosos, ni de obispos, ni de cristianos de base. Nadie le posee en exclusividad, ya que **“sopla donde quiere”**.

Muchas veces, con gran sorpresa nuestra, desciende sobre quienes nosotros no nos hubiéramos imaginado. Que el Espíritu Santo es algo excepcional se deduce de que Jesús confesó a los suyos **“os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros”**. Algo excepcional, porque para los apóstoles Jesús representaba lo más deseado y querido. Sin embargo, les dice **“os conviene que yo me vaya”**. ¿Quién es este Espíritu?. Para responder podemos recurrir al principio **“por sus frutos los conoceréis”**. Es San Pablo quien los enumera: **amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí**. Ramillete que destaca más si los comparamos con los de la carne y que el mismo San Pablo se encarga de citarlos: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, enemistades, contiendas, envidias, rencores, partidismo, sectarismo, discordias, borracheras. Se ve que los seres humanos, después de veinte siglos, no hemos cambiado tanto. El Espíritu se manifiesta en la búsqueda y el esfuerzo de los hombres y de los pueblos a favor de la justicia, de la libertad y del perdón. Si el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas al comienzo de los tiempos, hoy sigue actuando en el mundo y en los corazones.

San Hipólito nos sorprende con una imagen afortunada sobre quién es el Espíritu Santo: así como, cuando se quiebra un frasco de perfume, -explica Hipólito- su olor se extiende por todas partes, al romperse el cuerpo de Cristo en la cruz, su Espíritu, que mientras estuvo vivo, había poseído en exclusiva, se derramó en los corazones de todos.

Con razón Pablo VI declaró en una ocasión que la Iglesia precisaba de un Pentecostés perpetuo.

(Juan Jaúregui)